

¿CÓMO HACER EDUCACIÓN CRISTIANA ECUMÉNICA? por Nelson Dávila Rodríguez

Con el propósito de ofrecer una respuesta a esta pregunta se requiere primeramente analizar dos términos, de manera que sus significados nos ayuden a caracterizar una educación cristiana con estas particularidades en nuestras iglesias locales. El primero es «ecuménico», y casi siempre se entiende como la relación entre las diferentes iglesias o la disposición de acogida amistosa entre personas cristianas. Sin embargo, este punto de vista se enfoca únicamente en un plano fraternal de las diversas denominaciones que se reúnen para una celebración ecuménica, donde es posible que se hable de ecumenismo. Sin embargo, la mayor parte de las veces no se promueve el desarrollo de verdaderas conductas ecuménicas.

El término ecumenismo proviene del griego *oikos* que significa «casa» y *oikoumene* que describe la tierra habitada o el mundo habitado. Esta imagen indica que la palabra en cuestión no se refiere solamente a las personas cristianas que se congregan en sus iglesias, sino que representa la casa habitada por todos. Es la unión con otros individuos que no forman parte de ese grupo y que también comparten el *oikos* – la casa común. Este concepto de ecumenismo posee un sentido más amplio: el planeta en que vivimos, la casa que nos guarda, el territorio donde todos cabemos, el sitio que nos cobija y en el que debemos sentirnos protegidos, amparados y resguardados. La palabra ecumenismo expresa lugar, pero también vida. Es área geográfica y espacio donde se comparte la vida. Es, además, la unidad en lo diverso, en lo que es diferente. Esta opinión discrepa de la que se menciona al principio, y que solamente concibe al ecumenismo como la reunión de las iglesias y las personas cristianas.

De igual modo, también se precisa revisar el significado del término «educación cristiana». En las publicaciones se pueden encontrar diversas definiciones, dependiendo de la visión de cada especialista. Por tanto, me referiré a una que se conoce desde los años setenta del siglo pasado, la cual pertenece al educador anglicano estadounidense John Westerhoff, quien expresó que: “son todos los esfuerzos deliberados, sistemáticos y sostenidos por los cuales la comunidad de fe se propone facilitar el desarrollo de estilos de vida cristianos por parte de personas y de grupos”. Más adelante, en 1982, el profesor menonita argentino Daniel Schipani respaldó el mismo criterio. Y, en el año 2003, la profesora presbiteriana estadounidense radicada en Brasil, Sherron K. George, la asumió nuevamente, pero esta vez insistiendo en que era necesario explorar todos los posibles eventos educativos para realizar esta tarea que involucraba la acción de toda la iglesia, y agregaba: de toda la persona, de todo el tiempo y en todo lugar.

A mi juicio, esta definición posee un carácter ecuménico, si se tiene en cuenta que tres investigadores de diferentes tradiciones cristianas coinciden en emplearla. Resulta significativo, además, su apreciación como una tarea de toda la iglesia que abarca la vida toda de los feligreses. Este pensamiento favorece la manifestación de conductas adecuadas en las relaciones de convivencia que acontecen día a día en el espacio vital. Al mismo tiempo, refuerza el criterio de que la iglesia, como agencia con funciones

educativas de la comunidad, debe contribuir al desarrollo de la personalidad de los individuos que en ella se congregan. De igual forma, los estilos de vida cristianos que propone facilitar una educación cristiana de esta naturaleza serán contentivos de acciones portadoras de los mejores valores ético-espirituales que han de adornar las conductas de quienes seguimos a Jesucristo.

Por consiguiente, después de conceptualizar los términos que nos ocupan, propongo algunas dimensiones que, a mi juicio, conforman lo educativo en el ámbito eclesial, y por tanto, pueden contribuir a que la educación cristiana que desarrollemos sea verdaderamente ecuménica. Estas dimensiones son: bíblico-teológica, antropológica, sociológica, ética, pedagógica y celebrativa.

La **dimensión bíblico-teológica** demanda una interpretación de los textos bíblicos sin perder de vista la relación ser humano-Dios-creación, así como leer la Biblia de una manera intergeneracional, contextualizada e intercultural. De esta manera todos aprendemos de todos sin distinciones o barreras de ningún tipo. Además, no habrá iglesias o líderes que se adjudiquen el dominio sobre la verdad bíblico-teológica, y con ello el poder absoluto. Esta dimensión nos ayuda a interpretar la imagen de un Dios que llama al ser humano para compartir su misión. Misión que se traduce en servicio y acompañamiento a la «casa común» donde existen injusticias, pobreza, despilfarro de recursos naturales, y la anti-vida va ganando terreno a la vida. Esta responsabilidad nos reta a no abandonar el mundo por suponerlo malo y pecaminoso y hacer de la iglesia un refugio. Contrariamente, debemos admitir que nuestras comunidades de fe son escenarios de la actividad humana donde se construye el bien común para lograr una «casa» habitada más digna.

La **dimensión antropológica** apunta hacia la comunidad humana con la finalidad de analizar qué tipo de personas aspiran a formar las iglesias y su visión del entorno comunal. Este ser humano debe esforzarse para convertirse cada vez más en un «ecónomo» (mayordomo). Es decir, alguien que trabaja por la correcta planificación o gestión de todo lo que sucede en el *oikos*. Se supone que esta persona sea cuidadora, administradora de la casa habitada por todos y no expoliadora de sus recursos con fines lucrativos, sino que los proteja y los comparta de manera solidaria con sus coterráneos sin pretensiones egoístas, individualistas o acaparadoras. Esta dimensión asume la voz griega *koinonia*, que implica «compartir», «compañerismo», «comunicación». O sea, diálogo franco y respetuoso con quienes no piensan igual. Es, de acuerdo al teólogo e historiador cubano Rafael Cepeda Clemente: “una marcha con Cristo hacia las demás personas, lo cual significará muchas veces unir nuestras vidas con aquellas que no hemos elegido”.

La **dimensión sociológica** está dada por el vínculo individuo-sociedad de las personas que participan en el discipulado cristiano. Cabría preguntarse: ¿Se prepara a los feligreses para aportar lo mejor de sí a la sociedad? ¿Existe un vínculo entre educación cristiana y educación ciudadana? ¿Se trabaja en un discipulado cristiano que ejercite la responsabilidad y la participación ciudadanas? O se forman cristianos para vivir en lo

intra-ecclesial sin el más mínimo interés por lo que sucede en el lugar donde se desarrolla vitalmente como ser humano. Esto último conduciría a «espiritualizar» la educación cristiana y sustentar así las grandes dicotomías de fe-mundo, iglesia-política, alma-cuerpo y otras, que enfatizan y magnifican el primer término de la relación (fe, iglesia, alma) y desprecian el segundo (mundo, política, cuerpo). Es necesario que las prácticas cristianas promuevan la integración «fe-vida», que a veces se encuentran desunidas, lo cual produce una escisión entre la fe y los sentimientos de identidad comunitaria. El teólogo cubano Sergio Arce nos alertó desde muy temprano sobre el problema de educar cristianamente sin tener en cuenta el contexto socio-cultural, y en su artículo titulado “La tarea didáctica de la iglesia”, consideró que el objetivo de la educación cristiana no era crear una persona religiosa en el sentido en que comúnmente se tomaba esta palabra, sino alguien verdaderamente humano en la totalidad socio-ética de su humanidad.

La **dimensión ética** contribuye a la formación de los mejores valores universales para compartir la «casa» y estar en comunión con los demás sin sectarismos ni individualismos. No se trata de defender lo mío sin importarme lo que ocurre con los demás, porque la «casa» no es propiedad privada de nadie. Estos valores que convergen con los del cristianismo son, entre otros, la solidaridad, el amor al prójimo, el respeto a los padres e hijos, la protección de las personas necesitadas, la justicia social y los valores ciudadanos, pero se necesita vivirlos en la práctica cotidiana junto a otros individuos con los que también compartimos la comunidad. El sociólogo de origen belga Francois Houtart considera que es importante mostrar a los creyentes, por una parte, que su fe carece de sentido si no conduce a hacer respetar la vida y la dignidad de los seres humanos; y a los no creyentes, por otra, que una aspiración religiosa puede ser la causa de un compromiso radical e insiste que la espiritualidad cristiana no puede ignorar los problemas de los seres humanos con los cuales se comparte el contexto socio-cultural.

La **dimensión pedagógica** convoca a un análisis sobre el tipo de educación que se maneja. Esta educación debe tener en cuenta la unidad entre lo instructivo y lo educativo para el desarrollo de conocimientos, valores, habilidades y modos de actuación que capaciten a los feligreses para conocer y vivir su realidad social. Se deben, además, considerar procesos que contribuyan a la transformación personal, pero también a la comunitaria, al desarrollo de la vida en conexión con lo ético. Estos procesos tienen que comenzar en las comunidades de fe, en los diferentes espacios donde se reúnen las personas cristianas para compartir sus testimonios. Por tanto, la dimensión pedagógica exige la búsqueda de métodos dialógicos y participativos, así como de aceptación y respeto por las demás personas, con el propósito de alcanzar una educación cristiana en la diversidad. Es estar consciente de lo que yo creo, pero también escuchar a los demás, buscar puntos coincidentes que beneficien el desarrollo del proceso educativo cristiano para cooperar en vez de competir. Esta dimensión pedagógica favorece actitudes ecuménicas, porque aprendemos a aprender de los demás, y a partir de entonces, a aprender con los demás. De este modo, se puede ser parte activa de la comunidad y participar creativamente en ella, pero también capacitarnos para entender a personas de otras comunidades en el resto del mundo, porque este constituye la casa habitada.

Por último, la **dimensión celebrativa** invita a participar en una celebración de la vida de nuestras comunidades de fe y del contexto donde estas se encuentran ubicadas por medio de la oración, la eucaristía y la adoración, teniendo en cuenta la historia, la cultura y la realidad social de cada lugar. Esta dimensión demanda la práctica de una espiritualidad que se manifieste en la proclamación de la «buena nueva» y nos relacione con las personas de nuestras iglesias, pero también con otras, para adorar en unidad. Así, vamos aprendiendo a reconocer y valorar las diferentes identidades de fe que caracterizan a los demás individuos sin oponernos a ellas, sin ignorarlas, minimizarlas o eliminarlas. Se trata de estar seguros de nuestra fe, de aquello en lo que creemos, y participar con otras personas en el ejercicio del arrepentimiento, el perdón y la sanación para celebrar la presencia de Dios en nuestras vidas y en la vida de los demás. Así, podemos vivir en solidaridad y servicio a otros con una espiritualidad de compromiso y esperanza para el mundo de Dios habitado, que abogue por el respeto mutuo, la comprensión solidaria, el comportamiento adecuado y el bienestar personal y colectivo.

A modo de conclusión, quisiera expresar que el reto de una educación cristiana ecuménica se encuentra en preparar a los feligreses para participar en la transformación de las comunidades donde viven, siendo “sal y luz del mundo” (Mt 5:13-16), porque una educación cristiana que separe, fragmente y aisle, jamás podrá ser humana y carecerá de algunos de los valores universales que han venido inspirando al cristianismo a través del tiempo, los cuales reafirman la condición misiológica de la iglesia.

A continuación aparecen algunas preguntas para seguir meditando en este asunto:

- • Uno de los retos de la educación cristiana en Cuba hoy es contribuir a la formación de valores. ¿Cuáles consideras que son algunos que respaldan el desarrollo de una educación cristiana ecuménica? ¿Por qué?
- • ¿Qué se necesita cambiar en la educación cristiana que desarrollan nuestras iglesias locales para que se transforme en una educación cristiana ecuménica?
- • ¿Qué otras dimensiones consideras que pueden contribuir al desarrollo de una educación cristiana más ecuménica en nuestras iglesias locales?
- • Repensar la educación cristiana en nuestras iglesias locales teniendo en cuenta este criterio de educación que propone Frei Betto: “Educación es formar personas verdaderamente humanizadas y felices. Eso significa formar personas con mucha ética, principios y proyectos de vida. Sin ello no es posible ser humano y feliz. ¿Qué educación es esa que forma un mundo de desigualdades, que forma un mundo en que la competitividad es un valor superior a la solidaridad?...”.

Sobre el autor

Nelson A. Dávila Rodríguez (1944). Profesor titular presbiteriano en el Área de

Educación Cristiana del Seminario Evangélico de Teología. Títulos alcanzados: Doctor en Medicina Veterinaria (Universidad Agraria de La Habana, 1983), Master en Artes (Seminario Teológico McCormick, 2000), Licenciado en Teología (S.E.T., 2001), Maestría en Ciencias de la Educación (Universidad Pedagógica de La Habana, 2005), Doctor en Ciencias de la Educación (Universidad Pedagógica de La Habana, 2013).